

REVISTA DE PASTORAL LITÚRGICA

phase

¿Hacia dónde camina
la liturgia?

348

noviembre / diciembre 2018 (año 58)

UNA LITURGIA VIVA PARA UNA IGLESIA VIVA

XAVIER AYMERICH MIÑARRO
(Vilafranca del Penedés - Sant Feliu de Llobregat)

Los que nacimos después del 1965 no tenemos en la memoria la praxis de las celebraciones litúrgicas preconciliares. Para nosotros, la reforma promovida por el Concilio Vaticano II forma parte de nuestra manera natural de vivir y celebrar la fe. Por eso, todo debate sobre la validez de la reforma litúrgica nos resulta extraño y forzado. A través del estudio, hemos sabido cómo eran las formas litúrgicas antes, y cómo el Concilio llevó a cabo una necesaria renovación para poner al día y fomentar la liturgia como verdadera celebración eclesial de la fe, con todo lo que supuso de retorno a las fuentes, de potenciación de la sacramentalidad, la dimensión comunitaria, la Palabra de Dios... Y también hemos podido analizar críticamente los primeros años del posconcilio, cuando quizás sí que, siguiendo la inevitable ley del péndulo, se cometieron algunos abusos, o se canalizó la reforma por algunos caminos que no eran los previstos, o se fue más allá de lo que cabía reformar. Pero ciertamente no hubo para tanto como algunos sentencian, y en todo caso el balance fue positivo para las comunidades cristianas, que en aquellos años experimentaron una renovación y un impulso de los que todavía en muchos lugares somos herederos. Ante la acusación de que la reforma litúrgica fue la culpable de la secularización y del abandono de la práctica e incluso de la fe de

Xavier Aymerich Miñarro, presbítero, director de la revista *Misa Dominical* del Centre de Pastoral Litúrgica.

muchos, me remito a las palabras del recordado obispo auxiliar de Barcelona, monseñor Joan Carrera, que decía convencido que sin dicha reforma aún estaríamos peor.

Con los años, la reforma ha ido madurando, se ha ido resituando en el lugar más adecuado, se han corregido prácticas desafortunadas... En definitiva, se ha pasado del entusiasmo inicial a una profundización en la forma de celebrar la fe de la Iglesia. En ningún caso, pues, tienen sentido las sospechas de ciertos grupos, a veces incluso numerosos entre las generaciones jóvenes, y alentados por alguna desafortunada decisión de la jerarquía, que pretenderían volver a las formas preconciarias, con todo lo que ello supondría de involución y regresión de todos los avances conseguidos. Recogiendo la frase pronunciada por el papa Francisco en su discurso a los participantes en la Semana Litúrgica Nacional el 24 de agosto de 2017, podemos afirmar a día de hoy que «la reforma litúrgica es irreversible».

A mi modesto entender, el problema actual de la liturgia, y de cara al futuro, es otro. El problema son unas comunidades progresivamente disminuidas y envejecidas, con poca vitalidad. Con menos sacerdotes, de edades cada vez más avanzadas también, que tienen que atender un número mayor de comunidades, con la imposibilidad de celebrar en todas partes y con la preparación y el sosiego necesarios. En un contexto social y cultural cada vez menos cristiano, y por tanto con menos fieles; con cristianos cada vez menos practicantes; e incluso con cristianos que viven y participan más o menos en la vida de las comunidades, pero que luego no acuden el domingo a la celebración eucarística.

Ante esta realidad, que no rehuyo definir como problemática, me atrevo a proponer como reto de cara al futuro la definición que da título a este artículo, recogida también del discurso del papa Francisco antes mencionado: «una liturgia viva para una Iglesia viva». Intento explicarme.

Se trataría, en primer lugar, de recuperar la centralidad de la celebración litúrgica en la vida cristiana de los fieles y de las comunidades. Que realmente todo fiel se sintiera urgido a participar en la

Eucaristía dominical, como «fuente y cumbre» de toda experiencia cristiana. En unas comunidades que de cara al futuro serán menos numerosas pero esperamos que más convencidas, no debería ser difícil recuperar la necesidad (más que el precepto) de participar en el acto más importante que es la celebración de la fe el domingo junto con todos los demás miembros de nuestra comunidad. Evidentemente, una primera condición para llegar a este objetivo será racionalizar los horarios de misas, de manera que los fieles de una misma comunidad, o de un mismo barrio o población, o incluso de poblaciones vecinas, se reúnan en una sola celebración, la cual solo por ese motivo ya será más numerosa, y por tanto más viva, y posiblemente también pueda estar mejor preparada y celebrada. Sin menospreciar las celebraciones dominicales en ausencia de presbítero, que ciertamente cumplen un papel importante y ayudan a mantener vivas las comunidades pequeñas, es evidente que «concentrar» a los fieles en una sola celebración con más o menos asiduidad (o por lo menos en las grandes fiestas) ayuda a hacer las celebraciones más vivas y participadas.

Otra prioridad será que las celebraciones sean vivas en el sentido de que respondan a la vida de la comunidad. No pueden ser celebraciones ajenas a la realidad de los que en ellas participan, sino que deben recoger la vida de los fieles y de su contexto social y cultural (las preocupaciones y problemas, los gozos y las esperanzas) y a la vez enviarles otra vez a la vida cotidiana con fuerza renovada. Para conseguir esto será imprescindible una buena preparación, que huya de la rutina y busque la inculturación, la concreción, para conseguir unas celebraciones que comuniquen (y ahí también hay que estar atentos al lenguaje). Será necesario, pues, un esfuerzo no solo del celebrante ordenado que la presida, sino también de los diversos ministerios laicales bien organizados y trabajando en el equipo de liturgia. Insistiendo una vez más en la participación plena, consciente y activa (externa pero sobre todo interna), en la formación de los fieles...

Unas celebraciones en esta línea serán más cálidas (una característica muy valorada en la sociedad actual), donde se experimente y se palpe la fraternidad. Unas celebraciones que respondan a las

inquietudes de los fieles que en ella participan, pero también que puedan responder a las inquietudes religiosas y espirituales que muchos ciudadanos hoy día se plantean, y que necesitan encontrar algún lugar donde saciar esa sed. Ojalá que nuestras celebraciones consigan ser atractivas, no en el sentido de «divertidas», sino en el sentido de interpeladoras, incluso evangelizadoras. Como una luz que brilla en el firmamento para que, en el momento en que alguien abra el corazón y mire hacia arriba, encuentre un lugar donde orientarse, hacia donde dirigirse, y no buscar esas respuestas en otras alternativas alejadas de nuestra tradición, cuando en la fe cristiana pueden encontrarlo todo.

Una liturgia viva, como dice el papa, donde se experimente realmente la presencia del misterio de Cristo resucitado que se celebra, lo que sin duda comportará una Iglesia viva, renovada y reforzada como la liturgia misma.